

GUIÓN LOCUCIÓN:

Los incendios forestales tienen un impacto negativo sobre todos los componentes del ecosistema, tanto sobre el medio físico, como biológico y humano.

Cuando el monte arde, la pérdida de calidad paisajística es la consecuencia más apreciable por la desaparición de la cubierta vegetal. Pero los incendios forestales son más destructivos y dañinos de lo que se puede observar a simple vista, afectan negativamente a todos los integrantes del ecosistema, incluido el ser humano, y sus consecuencias superan el ámbito local del terreno quemado.

El fuego es un elemento presente desde siempre en los ecosistemas de manera natural, contribuye a definir y condicionar la vegetación. ¿Entonces, por qué evitarlo? En el mediterráneo abundan las especies preparadas para soportar su impacto, son las llamadas especies pirófitas. Algunas, como el lentisco, el enebro o el madroño, son capaces de rebrotar tras un incendio. Estas plantas han evolucionado para adaptarse al fuego que tanto tememos.

El problema radica en que un 95% de los incendios forestales son causados por el ser humano. Nuestras acciones tienen un gran impacto sobre el medio natural, tanto, que incluso la vegetación adaptada para sobrevivir al fuego tiene dificultades para regenerarse, y muchos de los ecosistemas sucumben ante el poder devastador de las llamas.

Para que un incendio se produzca es necesario unas condiciones muy concretas, como grandes masas de vegetación y periodos de sequía.

El calor provoca la deshidratación de las plantas, que recuperan el agua perdida del sustrato, pero cuando la humedad del terreno desciende, las plantas son incapaces de obtener agua del suelo y se van secando poco a poco... Este proceso provoca la emisión de etileno, un compuesto químico altamente combustible, y tanto las plantas como el aire que las rodea se vuelven fácilmente inflamables. El riesgo de incendio se multiplica. Y si a esta situación añadimos periodos de altas temperaturas, vientos fuertes y una pequeña chispa, el fuego es inevitable.

Pero, al margen de que las condiciones sean favorables... ¿qué es lo que provoca esa chispa incendiaria? La mayoría de veces, nosotros, los humanos.

Los incendios son hoy la mayor amenaza contra nuestros montes y las estadísticas son demoledoras, cada año se producen una media de 20.000 incendios en España, de los cuales un 95% son provocados por la acción humana, la mitad de ellos intencionados.

Abordar este problema con carísimos sistemas de extinción que funcionan solo unos pocos meses al año ha demostrado ser inefectivo e inviable. La lucha contra los incendios debe abordarse de forma integral, identificando las causas y actuando con tiempo, con medidas que deben desarrollarse desde todos los sectores, poderes públicos y colectivos privados, pero, principalmente, desde una conciencia social colectiva.

Pero, ¿qué es lo que nos impulsa a destruir nuestros bosques?

El fuego, desde su descubrimiento, ha sido utilizado por el hombre como una herramienta, y hoy, sigue siendo esencial, pero ¿sabemos utilizarlo bien?

Las quemas de restos agrícolas son el más firme exponente actual del vínculo entre fuego y hombre en España. El fuego es usado de forma extensiva como herramienta para eliminar los restos de las cosechas ya segadas y facilitar así la preparación del suelo para el nuevo cultivo. El fuego es útil además para la eliminación de restos de poda y como medio de control de plagas y enfermedades, pero, la cercanía de estos cultivos a las zonas forestales y la falta de conocimiento de la cultura del uso del fuego convierten esta práctica en una fuente importante de incendios forestales en nuestro país.

Estas quemas agrícolas suponen la causa más numerosa de incendios forestales todos los años, con una media de 3.661 incendios anuales

Aunque las quemas agrícolas sean la causa más numerosa, igual de peligrosas pueden ser otras como las quemas para regenerar pastos, las quemas de basuras en vertederos ilegales, una colilla mal tirada por un fumador inconsciente, hogueras y barbacoas mal realizadas, o accidentes en trabajos forestales, tendidos eléctricos... sin olvidarnos de las venganzas personales, vandalismos...

Los cambios socioeconómicos y culturales tanto en el modelo productivo como en la forma de vida que se han ido sucediendo en el siglo XX han ido provocando un abandono total o parcial de los espacios forestales, y como consecuencia, de antiguos métodos de gestión y aprovechamiento de los recursos naturales. Ese abandono ha tenido una primera consecuencia directa: Cada vez hay más terrenos forestales sin gestión. Esto equivale a millones de metros cúbicos de material vegetal disponibles para arder en caso de incendio. En poco más de 30 años existe el doble de combustible no aprovechado en el monte.

Además de la falta de control sobre los terrenos forestales hay un claro abandono de las tareas de planificación y gestión silvícola.

Encontramos montes con grandes extensiones de vegetación continua, con escasez de infraestructuras que han ido desapareciendo, o se encuentran en mal estado, favoreciendo todos estos factores las condiciones idóneas para la producción de Grandes Incendios Forestales. Llegar al fuego, se convierte en un problema dado que no existen accesos a las zonas que arden.